

concluyendo de vestirse, conociendo que en aquella hora suprema no quedaba más partido que el de apelar á medios extraordinarios.

Algunos partidarios del sistema colonial han levantado la loza del sepulcro de Hidalgo y los otros caudillos de nuestra independencia, poniendo á la vista del público los defectos de los héroes sin tener en cuenta sus esfuerzos y las circunstancias en que los ejercieron, y sin recordar que mientras hubo duda del peligro que se consideraba tal vez remoto, se empleó el tiempo en pláticas inútiles; pero que cuando hubo seguridad de la catástrofe, que es la ocasion en que las almas débiles ó fuertes muestran cuál es su temple, la resolucion de Hidalgo fué grandiosa y heroica. Aunque su carácter sacerdotal le ponía al abrigo de la pena de muerte y aun de una violencia en caso de que abortara la conspiración, y podía contar con grandes probabilidades de salir á salvo en la tormenta, también sabía que presos los conspiradores y rotos los hilos de la revolucion, tendrían que sufrir mil humillaciones; la fuerza de sus ideas, la fé que tenía en el triunfo de la causa que abrazó y los padecimientos á que probablemente quedaria sujeto cayendo en poder del gobierno español, lo decidieron al arriesgado paso que dió sin fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; estando sus amigos aterrorizados, sin elementos de ninguna clase, sin plan aprobado y con la sola perspectiva de padecimientos gloriosos, teniendo el firme convencimiento de que el país no necesitaba más que una chispa para incendiarse.

Ya vestido Hidalgo hizo llamar á su hermano D. Mariano y á D. José Santos Villa, y en union de Allende, Aldama y diez hombres armados, salió de su casa, y se dirigió á la cárcel; hizo poner libres á los presos amenazando al alcaide con una pistola, pues necesitaba reunir gente de cualquier modo, armándolos con las espadas del regimiento de la Reina que estaban en el pueblo, y que entregó el sargento Martínez. ¡Con tan reducidos recursos iba á intimidar á la Metrópoli! Casualmente pasaba aquel suceso en la madrugada de un domingo y los habitantes del pueblo y rancherías cercanas despertaron oyendo llamar á misa más temprano que de costumbre; ocurrieron y muchos de ellos tomaron parte en la revuelta, de manera que pronto subió á trescientos el número de los insurgentes, que aprehendieron al subdelegado Rincon y á diez y siete españoles, sin hallar la más pequeña resistencia, por lo cual no hubo que lamentar sino algunos delitos inseparables de la guerra civil. Hay que notar que entre las revoluciones que han cambiado la faz de las naciones, ninguna como la de Dolores apareció ménos favorecida de ciertas circunstancias para ser coronada de un éxito feliz, en cuanto á que los elementos constitutivos de nuestra sociedad estaban de tal manera encadenados al sistema colonial, que eran necesarios esfuerzos superiores para romperlos, y aunque era general el deseo de emancipacion, no se sabía la manera de sustituir la antigua constitucion preparando otra sobre nuevas bases.

Hidalgo y los suyos comprendieron que desde luego lo primero que había que hacer era reunir partidarios y caer con fuerzas considerables sobre Guanajuato. Para lograr su intento se dirigieron á San Miguel el Grande uniéndoseles en el camino porcion de gente del campo que llevaba por gefes á los capitanes de las haciendas, teniendo por armas flechas, hondas, palos é instrumentos de labranza, y para darles una bandera tomó el caudillo en el Santuario de Atotonilco una imagen de la Virgen de Guadalupe, creyendo que seria útil apoyar su empresa en la devocion tan general á la venerada imagen, la hizo suspender del asta de una lanza y aquel fué el estandarte del ejército, que la adoptó poniéndola en todos los guiones y usándola los insurgentes en los sombreros;

veíase junto á ella algunas veces el nombre de Fernando VII. Esa manifestacion acabó de determinar el que la religion representara un papel principal en los sucesos, adoptando los partidarios de la revolucion como distintivo los gritos de «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!» Los vaqueros y demas gentes á caballo, formaban la caballería, armados con lanzas, espadas ó machetes usados en sus trabajos ordinarios, llevando muy pocos pistolas ó carabinas; ganaba un peso cada hombre montado y cuatro reales cada infante, estableciéndose una tesorería á cargo de D. Mariano Hidalgo. Prosiguiendo su camino pasaron por Chamacuero; entraron los insurgentes á Celaya el 21 siempre poniendo presos á los españoles y saqueando sus casas, accidentes inevitables en aquellas circunstancias. En Celaya recibió la revolucion la sancion municipal al ser nombrado Hidalgo por el Ayuntamiento de ella general, Allende teniente general, y coroneles y gefes otros muchos, con lo cual quedó Hidalgo investido del mando supremo por unánime consentimiento, contando ya á sus órdenes un ejército de cincuenta mil hombres que deseaban no ser más tributarios de Europa y que la autoridad estuviera repartida de la manera que lo exigía el bien público y no los intereses de la Metrópoli.

Con tales fuerzas avanzó sobre Guanajuato que cayó en su poder el 28 despues de un sangriento combate en la Alhóndiga de Granaditas, cuyos defensores perecieron casi todos pasados á cuchillo, habiendo permanecido Hidalgo en el cuartel del Príncipe durante la refriega. Quiso poner coto á los saqueos de las casas españolas y tendiendo á esto dió órdenes é hizo publicar el 30 un bando con graves penas para los contraventores, y aun llegó á mandar hacer fuego sobre la plebe, que fué la que cometió mayores excesos atribuidos al ejército independiente, pues por parte de los gefes de éste no hubo ni pudo haber más disposiciones que las muy generales, y empezado el ataque no les era posible dar ninguna orden ni hacer que la recibiera la confusa muchedumbre que tan solo deseaba en aquel momento saciar el deseo de vengar á tantos como veía caer por el plomo español. Grande era el sentimiento de odio reprimido que ardía en los corazones de todos los individuos que formaban las castas, pues hasta entonces el más miserable europeo sin educacion y de inculco entendimiento, se había creído superior aun á los blancos solamente porque habían nacido en el Nuevo Continente, y sabía que con la proteccion de los peninsulares podía llegar á puestos cuyo acceso estaba vedado á los nacidos en el país, por más que se distinguieran en saber y en cualidades morales. Ese sentimiento estaba tan marcado, que los criollos tenían á orgullo hacer la distincion de que no eran españoles. Estos creyeron que á semejanza de todos los que están completamente oprimidos, huirían los esclavizados mexicanos á la simple vista del látigo con que acostumbraban castigarlos, por eso para la defensa de Guanajuato habían considerado ser bastantes el puñado de europeos que allí se encerraron.

Terminada la confusion de los primeros momentos se dedicó Hidalgo á organizar el Ayuntamiento, nombró empleados y dispuso el establecimiento de una fundicion de cañones, casa de moneda y de todo lo que pudiera sacar provecho de su conquista, y contrariar los grandes recursos militares que aprestaba el virey para combatir la insurreccion. La nacion toda, reanimada, saludó agradecida al vengador invicto de los más sagrados derechos de los mexicanos; pero el partido europeo multiplicó sus esfuerzos y uno de los medios de que se valió para su objeto fué emplear las armas de la iglesia, conociendo que la multitud estaba justamente impresionada por el principio religioso. El obispo electo de Michoacan que en otros puntos discrepaba del

gobierno, declaró á los principales caudillos excomulgados por perturbadores del órden público, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, y por haber atentado la persona y libertad del sacristan de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del convento del Cármen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados, y exhortó á los que les seguían á que volvieran á sus hogares bajo la misma pena. Otro edicto publicó el arzobispo Lizana en el mismo sentido y prohibió que se disputara si era ó no válida la pastoral de Abad y Queipo. La Inquisición no se quedó atrás haciendo saber á Hidalgo que desde principios de 1800 se le formaba proceso por hereje y apóstata, y lo declaró sedicioso y hereje formal atribuyéndole que sostenía los puntos siguientes: «negar que Dios castiga en el mundo con penas temporales; la autenticidad de los lugares donde consta esta verdad; hablar con desprecio de los Papas y del gobierno de la iglesia como ejercido por hombres ignorantes, de los cuales uno canonizado acaso estaría en los infiernos; asegurar que ningun judío se podía convertir, pues no constaba la venida del Mesías; negar la perpetua virginidad de la Virgen María; adoptar la doctrina de Lutero en órden á la divina Eucaristía y confesion auricular; negando la autenticidad de la Epístola de San Pablo á los de Corinto, y que era tan soberbio que decía no haberse graduado de doctor en la Universidad por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes.» También se le acusaba de que se había cubierto con el velo de la hipocresía desde que percibió que le habían denunciado al Santo Oficio, con lo que había conseguido suspender el celo inquisitorial y dar una tregua á la observación de su conducta, «hasta que ahora la impiedad había prorrumpido nuevamente en un torrente de iniquidad, poniéndose al frente de una multitud de infelices que había seducido y declarado guerra á Dios, á su santa religion y á la patria,» hacíansele otros cargos semejantes y se le citaba para que compareciera en el término de treinta dias desde la fijación del edicto, no pudiendo notificárselo personalmente. Otros edictos aparecieron llenos de malicia y de contradicciones, obra de pasiones agitadas y del espíritu de partido que confundía la religion con la obediencia al soberano.

Hidalgo se defendió de las acusaciones que se le hacían de irreligioso, sosteniendo que nunca había dudado de las verdades de la Iglesia y de la infalibilidad de los dogmas, en cuya defensa estaba dispuesto á dar toda su sangre; puso por testigos de su protesta á los feligreses de Dolores y S. Felipe, á las gentes que lo habían tratado, á los pueblos donde había vivido y á las tropas que mandaba; manifestó las contradicciones del edicto, é hizo ver á los mexicanos que el tribunal de la Fé se había dejado arrastrar del amor del paisanaje, y que jamás habría sido acusado de hereje si no hubiera pretendido libertar á la Nueva-España; que todo lo que se hacía no era más que arma de partido, y preguntaba que de donde había venido el nuevo dogma de que solamente podía ser católico el que estuviera sujeto al déspota español; tachaba á los españoles de desnaturalizados, pues rompían los más estrechos vínculos de la sangre para hacerse ricos; «creéis, decía, que al atravesar inmensos mares, esponerse al hambre, á la desnudez, á los peligros de la vida, inseparables de la navegacion, lo han emprendido por venir á haceros felices? Os engañáis, americanos. ¿Abrazarían ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos á hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia; ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados bajo sus pies.» «Rompamos, americanos, esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo; para conseguirlo no necesitamos sino de unirnos. Si nosotros no peleamos con-

tra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestros derechos á salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido bajo este dichoso suelo: véamos desde hoy, como extranjeros y enemigos de nuestras prerogativas, á todos los que no son americanos.» Quería también que se estableciera un congreso compuesto de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, teniendo por objeto principal mantener la religion, dictar leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo.

Claramente está esplicada la idea de independencia al proponer en dicho manifiesto la reunion del congreso, al llamar la Inquisición apóstata «al promotor de la sedición é independencia,» y al refutar el arzobispo Lizana el proyecto de Hidalgo de reconquistar la América para los indios. Se ha pretendido ántes y despues de consumada la independencia, menoscabar el mérito de Hidalgo, quitándole el pensamiento de hacerla, diciendo que no era necesario lo que hizo y despreciando los esfuerzos heroicos de las masas, sin querer admitir que de la misma esperiencia que adquirieron á consecuencia del movimiento de Dolores, se prepararon para otro que tuvo mejor éxito. El espíritu de partido ofusca la mente y endurece el corazon; pero ya hoy la sociedad mexicana toda, entona alabanzas de gratitud al primero que aceptó la muerte por hacerla libre, y sus servicios serán siempre glorificados. Aquellos y otros documentos prueban que la revolucion tenía una bandera y un caudillo, objeto determinado y fijo, aunque espresada con vaguedad la manera de plantearlo, segun la ilustración de la época. A cada paso el historiador Alaman y otros escritores zahieren y zatirizan á Hidalgo, aprovechando cuantas circunstancias favorables se les presentan; bastábales para ser imparciales señalar los sucesos y comentarlos dignamente, pero no mostrar ese prurito por desprestigiar al hombre que aunque les pese, hizo un bien á México. Nótese en los escritos de aquel historiador que siempre que se encuentra con Hidalgo, ya caudillo, lo trata como un canalla, sin quererle conceder cualidad alguna; ya el tiempo ha arrojado sobre ambos el fallo y la generacion presente manifiesta de una manera indudable á quién de los dos debe considerar veraz, franco y patriota.

Asegurado Hidalgo de que Calleja no se movería de S. Luis Potosí por algun tiempo al saber los preparativos que estaba haciendo y esperando que lo detendrían también las inquietudes manifestadas por los partidarios que allí tenía la insurrección, y que estaban de acuerdo con el cura, hizo salir éste de Guanajuato la vanguardia el 8 de Octubre, y á los dos dias partió él con el grueso de sus tropas, y aunque se dijo que la marcha era para Querétaro, caminó el ejército hácia el Sur dividido en dos trozos por Valle de Santiago y Acámbaro, engrosándose con la prodigiosa multitud que se le unía en el tránsito. Valladolid no pudo defenderse, aunque sus autoridades lo pensaron y con tiempo abandonaron la ciudad el obispo Abad y Queipo, el intendente D. José Alonso de Terán, varios canónigos y muchos de los vecinos españoles, saliendo una comision hasta Indaparapeo á poner la plaza á las órdenes de los libres. El 15 de Octubre entró á aquella ciudad el coronel Rosales, el 16 Jimenez con la seccion que mandaba y el 17 Hidalgo con el resto del ejército, recibéndolo con repiques y la solemnidad acostumbrada en tales casos; quiso entrar á Catedral á dar gracias, pero se halló cerrada la puerta, lo que en extremo le irritó é hizo que se espresara con dureza contra los canónigos, cuyas prebendas declaró vacantes á excepcion de cuatro; despues se calmó y obligó al canónigo conde de Sierra-Gorda, que había quedado de gobernador de la Mitra, á que levantara la fulminada excomunion, lo que hizo circulando la declaración por cordillera á los curas, todo lo cual venía en desprestigio de la Iglesia.

Valladolid proporcionó á Hidalgo no solo un buen aumento de tropas, habiéndosele unido las milicias provinciales, el regimiento de dragones de Pátzcuaro y ocho compañías alistadas para la defensa de la poblacion, sino recursos, influyendo mucho la moderada conducta de los gefes insurgentes, procurando de cuantos modos les fué posible contener los desórdenes; una vez tuvo Allende que disparar un cañon sobre la multitud, é Hidalgo confesó allí que el impulso que habia dado á la revolucion lo habia conducido mucho más léjos de lo que alcanzaba la fuerza de direccion que pretendia darla. Se hizo de recursos tomando cuatrocientos mil pesos del cofre de Catedral y algunas sumas de los particulares, dió á personas que le eran adictas varios empleos vacantes en el gobierno de la provincia, confió el mando político con el título de intendente á D. José Anzorena, y conociendo la importancia de aprovechar los momentos de ocupar á México antes que Calleja y Flon pudieran auxiliarlo, salió el 19 de Octubre con destino á la capital confiado en sus tropas, en sus recursos y en la fuerza expansiva de la revolucion.

En Acámbaro hizo una revista general de su ejército que ascendia á ochenta mil hombres, que dividió en regimientos de á mil; allí obtuvo la confirmacion de la voluntad nacional, al ser proclamado generalísimo, recibiendo Allende el grado de capitán general y de tenientes generales Aldama, Balleza, Jimenez y Arias, y el nombramiento de mariscales Abasolo, Ocon, los dos Martinez y otros. A todo el que presentara mil hombres le fué ofrecido el título de coronel con tres pesos diarios de sueldo. Allí apareció Hidalgo con el uniforme de su nuevo empleo «que era casaca azul con vueltas encarnadas y bordados de oro y plata, tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imágen grande de oro de la Virgen de Guadalupe,» solemnizándose todo con repiques y salvas, misa de gracia y Te-Deum. El ejército continuó su marcha por Maravatío, Tepetongo, hacienda de la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca, y el 30 de Octubre destruía en el Monte de las Cruces á las tropas realistas al mando del coronel Trujillo, enviadas por Venegas para contenerlo. Mientras tanto, el gefe realista Flon habia salido de Querétaro y seguía por el interior para unirse con Calleja en Dolores, alejándose del centro de operaciones de los insurgentes, y ya reunidos los realistas entraron á Querétaro el 1º de Noviembre, dia en que las huestes de Hidalgo estaban á las puertas de México, cuyo camino habia quedado abierto con la victoria de las Cruces. Allende opinaba porque avanzaran aventurando un golpe decisivo; pero Hidalgo se opuso alegando la falta de municiones, el terror que en las tropas habian infundido las bajas ocasionadas en la batallá de las Cruces y la noticia de que se acercaban Calleja y Flon. La discusion sobre punto tan interesante agrió los ánimos de ambos gefes, que ya estaban desunidos por celos de autoridad que causaron males á ellos y á la patria.

Coajimalpa, pueblo desde donde se goza con la hermosa vista del Valle de México, fué el punto de retroceso de Hidalgo y del ejército independiente, el cual, segun Venegas, habia sido derrotado, lo que dijo en una célebre proclama en que parodió á las de Napoleon, y no quiso entrar en arreglos de ninguna especie con los parlamentarios que envió Hidalgo, cuyas avanzadas estuvieron en los pueblos de los alrededores de México. Los insurgentes en su marcha retrógrada ignoraban las operaciones que habia ejecutado el ejército realista, y tuvieron la noticia de su aproximacion por los dispersos de una partida que encontró á las avanzadas de Calleja en Arroyozarco; sorprendiéronse en extremo los insurgentes, pasando lo mismo al general español que nada sabia de los movimientos de sus contrarios, y encontrándose ambos ejércitos sin saber-

lo, fué inevitable una batalla, contando los insurgentes con más de cuarenta mil hombres, no obstante las pérdidas que sufrieron por la desercion; con doce piezas de artillería formaron una línea de batalla en el terreno que se extiende desde el pueblo al cerro de Aculco. Calleja movió sus fuerzas el 7 de Noviembre y amenazando atacar la de sus contrarios, quedó resuelta la batalla, al ponerse éstos en fuga precipitadamente dejando sus equipajes y útiles de guerra. Hidalgo se retiró á Valladolid y Allende se fué para Guanajuato.

La desgracia de Aculco, aunque grande, no fué de tal magnitud que pusiera en peligro la revolucion, que habia progresado con grande rapidez; mientras Hidalgo se dirigia á la capital, la Nueva-Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí y las provincias internas de Oriente habian sido conmovidas por los diversos agentes del caudillo, y la revolucion habia triunfado en ellas, cayendo en poder de los insurgentes hasta la misma Guadalajara el 11 de Noviembre, lo que abrió un nuevo y vasto campo para continuar la guerra y para fatigar al ejército realista obligándolo á ejecutar una serie no interrumpida de marchas y combates. Sabiendo Hidalgo que en Guadalajara y entre los gefes habia disturbios por cuestiones de autoridad, resolvió ir allá, tanto para avenirlos como para aumentar sus fuerzas, y partió el 17 de Valladolid participando poco antes su resolucion á Allende, que reprobó la marcha del cura suponiendo que trataba de salvarse y dejar comprometidos á los demas; le escribió que en lugar de pensar en su seguridad personal, pensara en la de todos y fuera con sus tropas á socorrer la plaza de Guanajuato, en combinacion con otras partidas, lo que le repitió en otra carta usando palabras agrias y destempladas. Estas comunicaciones debió haberlas recibido Hidalgo ya muy léjos de Guanajuato, que fué tomado el 25 de Noviembre y nada habria conseguido con retroceder.

Antes de dejar Hidalgo para siempre la bella ciudad donde se mecieron sus ilusiones juveniles, ordenó ó consintió que fueran matados los españoles que tenia presos, cogidos en diversos puntos de la provincia y aun en la misma Valladolid, ejecutados algunos en la barranca de Bateas y otros en la falda del cerro del Molcajete, cuyos actos fueron ejecutados en virtud de la ley de represalias que es sensible y nada cristiana, pero necesaria; hay que advertir que entre los matados se encontraban algunos que no tenian más delito que su origen, mientras que habia otros que habian sido autoridades. Perdido Valladolid y Guanajuato, se concentró la revolucion en Guadalajara, donde fué establecido un gobierno de que Hidalgo era el gefe con dos ministros, uno «de Gracia y Justicia» á cargo del jóven D. José María Chico, y el otro con el título de «Secretario de Estado y del Despacho,» dirigido por D. Ignacio López Rayon, que nombró á D. Pascasio Ortiz de Letona para que pasase á los Estados-Unidos á arreglar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, de comercio y cuanto conviniese á entrambas naciones, dándole Hidalgo y Allende poderes amplísimos firmados tambien por la Audiencia de Guadalajara; Letona fué preso en la Huasteca y, segun el virey Venegas, murió de un ataque cerebral, aunque no falta quien haga intervenir el veneno en el asunto. En aquella ciudad tuvo Hidalgo á su disposicion una imprenta de la que salieron el «Despertador Americano» y multitud de proclamas, así como la contestacion que dió al edicto de la Inquisicion.

Conociendo que era seguro que las tropas realistas seguirian sobre Guadalajara, aumentó Hidalgo sus fuerzas de todos los modos posibles, hizo conducir municiones y artillería del arsenal de San Blas, para lo cual fué preciso vencer enormes dificultades y